

## Las Vegas

Apreté un botón del mando a distancia que había al lado de la cama y encendí la luz para jugar a *Zenon, el país secreto*.

Normalmente ese videojuego me ayudaba a dormir después de los conciertos. Pero esa noche el subidón era demasiado fuerte, así que después de pasar un rato en el nivel 63, le di a la pausa y llamé a la habitación de Jane, que quedaba al lado. Igual hablar con ella me tranquilizaba; si no, al menos me podía dar una de sus pastillas de zolpidem. El teléfono sonó seis veces y luego me saltó el contestador del hotel. Marqué su número de móvil.

—¿Jonathan? —dijo Jane, aunque había una música de fondo superfuerte y casi no le oía la voz.

—Creía que esta noche no ibas a salir...

Al identificar la línea de bajo de la canción supe que sonaba «Like a Virgin», de Madonna, que tiene un ritmo dance muy similar al de «Billie Jean», aunque también se nota la influencia directa de una vieja canción de la Motown, «I Can't Help Myself». Aunque hoy casi todo el mundo plagia las líneas de bajo.

—Los de la discográfica me han pedido que me tome una copa con un productor de radio —respondió—. Por cierto, apaga la consola.

En *Zenon*, cuando le das a la pausa sigue sonando la músi-

ca ambiental, unas cuerdas de sintetizador y una leve percusión, y supongo que, pese a la canción de Madonna, Jane las oía. Es una astuta estrategia para captar y mantener la atención del público: esa música ambiental te recuerda que el mundo de *Zenon* no ha desaparecido, que en él no dejan de esperar tu regreso.

—No puedo dormir. ¿Cuándo vuelves?

—No lo sé. Tómate un zolpidem.

—Ya se me han acabado los que me diste. ¿No me pueden traer Walter o algún recepcionista el bote que hay en tu habitación?

—De eso nada —respondió—. No quiero que nadie se ponga a hurgar en mis cosas. Tendrás que dormirte sin ayuda.

Pasé la mano por el enorme edredón blanco. A las camas de hotel les sobra muchísimo espacio: parece que el cuerpo se te hunde en el colchón y las sábanas, que puedes desaparecer en ellos si no andas con cuidado; me resultaba más fácil ponerme a sobar en un saco de dormir encima de la alfombra que había en casa de Michael Carns que en una lujosa cama extragrande.

—¿No me puedes cantar la nana, al menos? —le pedí. A veces así me entraba algo de sueño.

Ella esperó unos segundos; entonces empezó a entonar en voz baja la parte de la canción de cuna que dice:

Calla y no llores,  
duérmete, pequeño,  
cuando te despiertes te daré  
todos los caballitos lindos.

Jane no tiene una voz superbuena, pero la cantó lentamente, en tonos graves.

—Siento haberme puesto un poco borde, pero intenta dor-

mirte —añadió—. Mañana tenemos que madrugar y nos espera un día ajetreado.

—Buenas noches, Jane.

—Buenas noches, cielo —me dijo, y colgó.

Yo también colgué el aparato y me quedé mirándolo. Qué fácil le era decirme que intentara dormir; no era ella quien acababa de cantar durante dos horas delante de un público compuesto por diecisiete mil ciento cincuenta y siete fans y tampoco tenía que reunirse al día siguiente, de nuevo en Los Ángeles, con su discográfica, cuyos representantes iban seguramente a hablar de la inquietud que les causaba que el nuevo disco todavía no hubiera conseguido ninguna posición importante en las listas de ventas, lo que implicaba que no llegaría a ocuparla, puesto que, a esas alturas del partido, no solía haber cambios de tendencia significativos en las ventas, a no ser que alguien consiguiera dar un sonado golpe publicitario. Y ahora que me había convencido de que la única solución me la daba el zolpidem, me iba a ser imposible dormir sin él.

Walter tenía que sobar para estar bien alerta y protegerme; a Nadine, en teoría, no podía llamarla por temas extraescolares si no surgía una emergencia, y, además, no le gustaba que tomara zolpidem; en cualquier caso, ninguno de los dos podía entrar en la habitación de Jane y también existía la posibilidad de que le contaran lo que les había pedido.

Me quedaba otra opción, aunque nunca había intentado algo así estando de gira. Si no salía bien me metería en un lío de los gordos, pero al pensar en las actividades que tenía programadas para los días siguientes, una noche sin dormir en condiciones me parecía casi peor. El cuerpo me empezó a temblar un poco cuando volví a coger el teléfono y llamé a recepción.

—Hola —dije—. Estoy en la habitación 2811. ¿Puedo entrar en la 2810, donde se aloja Jane Valentine, que está inscrita como Jane Valentino?

Por la voz que tenía, la mujer que respondió parecía negra, aunque cuesta identificar los acentos en una ciudad como Las Vegas, en la que todo el mundo ha nacido en otro sitio.

—Lo siento —se disculpó—, pero no podemos dejar pasar a nadie a las habitaciones de los huéspedes.

Le aseguré que era el hijo de Jane, Jonny, y que no pasaba nada.

—Un momentito —respondió—. ¿Eres Jonny Valentine? —Le dije que sí, y ella soltó una carcajada—. Sí, claro, y voy yo y me lo creo —soltó. Le cambió la voz, y puso el tono que la gente suele poner cuando cree que le estoy tomando el pelo—. Aunque fueras Jonny Valentine de verdad, no sé si podría permitirte.

Seguramente me habían registrado en el hotel con el nombre de James o Jason Valentino; se lo comenté y añadí:

—Si puedo demostrar quién soy, ¿me dejará entrar?

Ella respondió que me creería al verme, así que le pregunté dónde estaba y cómo se llamaba.

Entonces sí que me empezó a temblar todo el cuerpo, aunque eso en parte se debía a que había puesto el termostato a diecisiete grados porque las temperaturas tirando a frías te ayudan a quemar más grasa. Me quité el pijama, me cambié de ropa, me puse las gafas de sol y la gorra de los Dodgers y me subí a una silla para acercar el ojo a la mirilla y ver si andaba algún pederasta por allí. Por si acaso me cruzaba con alguien sin que Walter me protegiera de la gente, para que ninguna muchedumbre se abalanzase sobre mí ni me raptase nadie, necesitaba algo con que taparme la cara, así que cogí la revista de adolescentes en la que había un artículo sobre mí, de toda una página, que la discográfica me había mandado por medio de un mensajero esa mañana. No era el más inteligente de los disfraces porque había una foto mía en la franja horizontal de la parte superior de la portada, o sea, que mi plan consistía

en cubrirme la cara de verdad con una fotografía de mi cara. Pero, como siempre, Tyler Beats ocupaba el lugar de honor de la portada y se llevaba toda la atención del consumidor: salía en una foto en la que lo habían pillado dándole la mano a una actriz de pelo castaño, con el siguiente titular: «¡El nuevo ligue de Tyler!».

Saqué la cabeza al pasillo para asegurarme de que no había nadie. La situación podría haber sido divertida si la hubiera vivido con alguien más, pero estando yo solo me daba mucho más miedo que las mariposas del estómago antes de un concierto en el MGM Grand Garden Arena.

No me acompañaba Walter, que era quien solía pedir permiso para utilizar el montacargas, así que respiré profundamente, llevando el aire hasta el diafragma, y me dirigí corriendo a los ascensores normales. Si hubiéramos estado en las suites de la última planta, podría haber utilizado el ascensor privado para llegar a otra zona de recepción también privada, pero la discográfica no se había estirado tanto y no nos había reservado este tipo de habitaciones en todas las ciudades de la gira. En un primer momento se habían negado en redondo, pero Jane había discutido con ellos y había conseguido que cedieran un poco.

Bajaba un ascensor, y cuanto más se acercaba a la planta veintiocho, más nervioso me ponía la idea de salir solo. No sabía qué sería peor, si encontrarme con un pederasta o que Jane se enterase de que me había ido de la habitación sin que nadie me acompañara.

Así que imaginé que estaba en el nivel 63 del videojuego. En vez de estar en el Wynn de Las Vegas, me hallaba en *Zenon, el país secreto*, y no intentaba conseguir la llave electrónica de la habitación de Jane, sino que buscaba la llave de la puerta cerrada de un castillo. Lo que me resultó más fácil fue simular lo de los puntos de experiencia, porque en *Zenon*

te los dan por explorar y probar varias acciones que no tienes que hacer en otros juegos. Por ejemplo, si acabas llegando a la puerta cerrada de un castillo y no tienes la llave, puedes conseguir puntos forzando la cerradura, y también si la partes con la espada, o si le prendes fuego con una antorcha, o si lanzas un hechizo para destruir todos los bosques cercanos. No sabes qué es lo que te da más puntos hasta que lo haces, y, cuando tienes un número suficiente de ellos, aparece una gema que te indica que ya puedes enfrentarte al esbirro del emperador que hay en ese nivel y pasar al siguiente. Acceder al siguiente nivel no suele importarme mucho. Lo que me gusta es hacer lo que me apetece, ver cómo se consiguen los puntos de experiencia y deambular por todos los rincones de *Zenon* que me dé la gana, por las altas montañas, cruzando bosques frondosos, entrando en mazmorras oscuras.

El ascensor se abrió y apareció un tío con canas que llevaba un traje de corte cómodo y una corbata. Levantó la vista del móvil y se fijó en mí un par de segundos cuando la puerta quedó abierta, pero creo que fue porque le extrañaba encontrarse con un chaval desconocido, con gafas de sol, solo ante el ascensor de un hotel de Las Vegas a las diez de la noche de un jueves. Eso es lo bueno de hacerlo todo en clase business, que los empresarios son demasiado mayores para formar parte de mi público y no me identifican visualmente, a no ser que tengan hijas que sean fans mías a muerte. Ese hombre no parecía plantearme ningún peligro, pero lo miré de arriba abajo, como habría hecho Walter, porque a veces los que más normales parecen son los más perversos.

Entré y me tapé la cara con la revista. A Jane le había cabreado que hubieran retrasado la fecha de edición del disco y que hubiera salido cuando ya llevábamos dos semanas de gira, cuando ya habíamos terminado todos los conciertos del sur y el suroeste del país. Al menos todavía nos quedaba la par-

te central, donde tenía que conseguir más seguidores para que no pareciera que solo buscaba fans en las dos costas de Estados Unidos, lo cual no deja de resultar gracioso si tenemos en cuenta que soy de St. Louis, aunque esa ciudad es demasiado vulgar para que yo pueda desarrollar un vínculo importante con ella. La procedencia geográfica es una cuerda floja por la que hay que caminar con cuidado.

Abrí la revista por la página en que aparecía el artículo sobre mí para leerlo, algo que llevaba retrasando todo el día, porque en la foto interior salía sin sudadera, estaba inclinado y daba la impresión de que tenía más lорzas en la tripa de las que realmente tengo, y no me habían echado una mano con el Photoshop.

#### VALENTINE NOS ENAMORA

*por Wendy Detay*

Ponte urgentemente en contacto con el estadio que te quede más cerca: ¡Jonny Valentine va a desembarcar en tu ciudad! Hemos charlado con el rompecorazones de once años antes de que diera comienzo su gira *Días de San Valentín*, iniciada el día de Nochevieja, con la que está recorriendo todo el país y que incluye conciertos en treinta ciudades a lo largo de cuarenta y seis días; el cantante nos desveló qué canción le inspiró el deseo de convertirse en estrella del pop («Billie Jean», de Michael Jackson), cuál es su objetivo en la vida («Difundir música y amor»), y también nos habló, evidentemente... ¡de chicas!

«Me encanta mimar a las chicas y compartir con ellas momentos de intimidad —declara J. V. mientras se aparta de los ojos el celeberrimo cabello rubio, bajo la mirada de su madre y mánager, Jane, en la casa de Los Ángeles donde viven—. Por ejemplo, si una chica quiere ver una peli, le doy una sorpresa y alquilo el cine solo para nosotros, como si el resto del mundo no

existiera, con todas las palomitas y los refrescos que nos apetezcan. Mola mogollón.»

No obstante, el Ángel del Pop jura que ahora mismo no hay nadie en su vida, que está centrado en su estratosférica carrera. Y lo que más ilusión le hace es el último concierto de la gira, que se celebrará el día de San Valentín en el Madison Square Garden de Nueva York.

«El sueño de todo artista es tocar en el Garden, pero yo solo he estado en Nueva York en viajes de trabajo —señala el intérprete de «Chicos contra chicas» con esa voz que a todas enamora—. Y, además, lo vamos a retransmitir en directo por internet por 19,95 dólares.»